

EL VALOR DE LO TIPICO POPULAR EN LA FORMACION DEL MAESTRO

Mucho se ha hablado del problema creado por la actual falta de una *clase directora* que, a la manera de la antigua nobleza, dirija a la sociedad de modo estable y sea cantera humana para esos cargos públicos llamados *de confianza* en que se exigen, más que conocimientos especiales, virtudes propiamente humanas. Pero este problema reviste especial gravedad y urgencia en nuestros medios rurales.

No vamos a ponderar —porque todos lo habremos observado alguna vez— el angustioso efecto de desolación que producen hoy tantos de nuestros pueblos. Ciudades, villas y lugares de antigua pujanza espiritual y material abrigan hoy entre las ruinas de viejos palacios, conventos o abadías una población indolente y sin personalidad que ni recuerdo guarda de su pretérito esplendor. Ninguna vida cultural se conserva generalmente entre sus moradores ni preocupación alguna que sea ajena a sus necesidades económicas o físicas. Pueblos y comarcas conocemos todos, de noble ejecutoria, que en todo su pasado fueron celosísimos conservadores y defensores de su personalidad y privilegios, entre cuyos habitantes no se encuentra ya ni uno que conozca tales cuestiones o que se interese por ellas.

Cierto que existen pueblos y zonas que se encuentran actualmente en un auge, o, incluso, apogeo, de riqueza y actividad; pero ello es, casi siempre, debido a la superposición de una nueva vida industrial o comercial, situada de espaldas a la tradición y aun a los intereses permanentes de la localidad. La característica más común es la falta de esa minoría capaz de inspirar al pueblo una vida y personali-

dad propias, y, sobre todo, de hacerle consciente y amante de ellas.

Esto tiene una consecuencia aún más grave que hace que la actual vida en nuestros pueblos —sea como fuere— no pueda considerarse estable, sino, antes bien, manifiestamente precaria. Se trata de una indefinible sensación ambiental por la que sus habitantes se sienten confinados a un lugar y modo de vivir esencialmente duros y faltos de aliciente, de donde sólo podrá sacarlos la emigración a las grandes capitales. Esta sensación contiene otro aspecto por el cual nuestros hombres del campo se sienten, en cierto modo, estafados por la sociedad, únicos trabajadores de la misma que tienen que alimentar con su esfuerzo a una inmensa población parasitaria que es la que realmente disfruta de la vida y se beneficia de placeres que a ellos están vedados. Fundado o no, la mera difusión de este juicio en los medios rurales de un país eminentemente agrícola, cuyos campesinos constituían hace un siglo las cuatro quintas partes de la población total, representa, sin duda alguna, un interno problema social de primera magnitud.

Problema digno de toda atención para una generación que se llama a sí misma «generación social», pero que vive en un estado de esencial subversión en el que, por ejemplo, se ha llegado a conocer comúnmente con el nombre de «haigas» los coches que por su lujo denotan una posición relevante en la sociedad. Hoy, en efecto, preocupan los problemas sociales: pero desde un punto de vista que podríamos llamar cuantitativo, presidido por los principios materialista e igualitario de la mentalidad socialista. Preocupa el *nivel de vida* del ciudadano —del obrero en particular—, sin observar que, cubierto el mínimo vital, lo que importa realmente no es la cuantía de lo que se posee, sino el modo de poseer, la actitud general ante la vida y la resignación o amor ambientales hacia la propia. El *estado social* de un pueblo se mide por estos índices, antes que por las posibilidades adquisitivas o descansos remunerados.

Así, por ejemplo, durante la Edad Media, aquella época que autor tan poco sospechoso como Spann llama «edad maravillosa en que no existía problema social alguno» (1), las condiciones económicas y de trabajo eran generalmente duras, así como la vida, de una gran austeridad, y las desigualdades de fortuna, acusadísimas; pero existía una ambiental conformidad y amor al propio medio, a la vez que se veía en el poderoso algo más que la mera preponderancia económica. Por mucho que se quiera buscar en la problemática social de la Edad Media, es evidente que si, en general, no afloraron los problemas a la superficie histórica a lo largo de tantos siglos, es porque no los hubo.

No vamos a entrar en los remedios profundos y más eficaces del agudísimo problema social planteado a nuestra sociedad rural, porque no es cuestión que aquí nos compete. Bástenos señalar que la naturaleza profunda de la cuestión es religiosa, y que los medios para su encauzamiento sociológico habrían de ser, a mi juicio, de tipo político o jurídico-social, tales como una eficaz política agraria y, sobre todo, la creación de patrimonios familiares transmísibles hereditariamente, así como una cierta autonomía municipal que haga compatible el gobierno general con la personalidad e iniciativa de los pueblos. Como dice Mingujón, «la estabilidad de las existencias crea el arraigo que engendra nobles y dulces sentimientos y sanas costumbres. Estas cristalizan en saludables instituciones, las cuales a su vez, conservan y afianzan las buenas costumbres.»

Quiero, en cambio, tratar aquí de un factor de reforma social que, cuando menos, sería un auxiliar valiosísimo en la lucha contra la despoblación y abandono del campo. Me refiero a la labor de formación social que puede realizar en nuestros pueblos el maestro. En un folleto recientemente

(1) SPANN, O.: *Filosofía de la Sociedad*. «Revista de Occidente». Madrid, 1933. Pág. 68.

te aparecido (2), el pedagogo español García Hoz sugiere la utilidad de una *enseñanza social* en la escuela primaria, y expone un posible plan para el desarrollo de la misma. No se trata de la implantación entre las enseñanzas de una Sociología o de unas determinadas teorías sociales, sino de la introducción en las tareas escolares de unos temas conversables sobre el medio social ambiente —el pueblo o la comarca— y sus problemas vivos y actuantes.

Es preciso que el alumno, que pronto ha de enfrentarse con las cuestiones sociales de carácter general y de carácter local, esté en condiciones de formar sobre ellos un juicio ponderado por haberlo estudiado antes, aunque sea de un modo elemental, sobre datos reales, en discusiones escolares presididas por el criterio orientador del maestro. Ello contribuiría, sin duda, a librarles, ya hombres, de la extremosa arbitrariedad de las opiniones revolucionarias, y a que aprendiesen, con el conocimiento de los problemas generales y ajenos, a valorar las ventajas existentes en el propio medio. Pero, sobre todo, es indispensable que desde la misma escuela aprenda el niño a conocer y a amar la personalidad histórica, institucional, lingüística, artística... de su propia comunidad social. Porque sin conocimiento ni amor de lo propio no puede haber en una sociedad cultura indígena, ni trabajo alegre y vocacional, ni estabilidad social, ni a duras penas coexistencia y cooperación.

Cada pueblo y cada comarca de España poseen una personalidad y cultura tradicionales —un tipismo— acusadísimos, que van desapareciendo general y rápidamente. La arquitectura de cada zona —aparte del estilo general de la época predominante en ella— posee características propias fácilmente observables; lo mismo que las artes decorativas y, en general, los productos de artesanía. Otro tanto ocurre con el léxico, que, aun dentro de una misma lengua o dialecto, posee —o poseía— acentos y multitud de palabras

(2) GARCÍA HOZ, V.: *Un programa de enseñanza social en la escuela primaria*. Instituto San José de Calasanz. Madrid, 1948.

y expresiones propias; con las instituciones políticas y sociales —a menudo dotadas de fueros y privilegios propios—; con las costumbres, con el traje, con la toponimia, etc., etc. Pueblos y zonas conozco donde en menos de cincuenta años se ha perdido totalmente el lenguaje —modalidad del vascuence— y el traje típico, instituciones ambas de uso millenario y origen desconocido.

Señalaba yo en un artículo reciente (3) cómo la primera utilidad actual de la Sociología será dotar al presente histórico de una autoconciencia temporal que lo ponga en condiciones de afrontar los futuros cambios, y aun de dirigirlos hasta donde sea posible (4). Pero, para que esta finalidad práctica se realice, es preciso que la Sociología no se reduzca a los límites de una especulación científica, ni siquiera a los de una imposición estatal de sus métodos, sino que se vierta en una aplicación popular y práctica, semejante a la sugerida en este Programa escolar de enseñanza social.

No vamos a reseñar aquí el temario completo propuesto para un curso por el Sr. García Hoz, porque será sobradamente conocido de nuestros lectores, sino sólo a recordar los títulos generales en que se agrupan los demás. Son éstos:

1. Cantidad y tendencia (aumento o disminución) de la población.
2. Tipo y situación de la localidad.
3. Historia.
4. Trabajo y tipo de vida.
5. Vivienda.

(3) *El problema de la estructura gnoseológica de la Sociología.* En «Revista Internacional de Sociología». Núms. 15 y 16.

(4) «La primera utilidad de la Sociología será dotar al presente histórico de una autoconciencia temporal que lo ponga en condiciones de afrontar los futuros cambios, y aun de dirigirlos hasta donde ello sea posible... Así se originará en los espíritus la conciencia de su inclusión en un grupo concreto e histórico y los elevará por encima de lo que haya de auténticamente relativo en su posición...» (Página 66.)

6. Gobierno, higiene y servicios sociales.
7. Diversiones y cultura.
8. Vida religiosa.

No es preciso destacar la acertada elección y posterior desglosamiento de temas cuando la idea inicial del Programa viene al paso de una de las más urgentes necesidades de nuestra economía social, y, por tanto, se acredita por sí misma.

Quiero solamente señalar un factor previo y de todo punto necesario, a mi juicio, para que tal enseñanza social pueda llegar a ser una realidad general y verdaderamente eficaz en nuestras escuelas y no sólo una aislada experiencia de concurso o de laboratorio. Me refiero a la introducción en la formación del maestro, en su mentalidad, del valor de lo típico popular, de su aprecio y conocimiento, que tradicionalmente ha estado ausente de sus medios y cánones de enseñanza.

Si sobre alguna clase profesional ha pesado la mentalidad científicista y progresista de las dos centurias pasadas ha sido, precisamente, sobre el maestro. Toda una época racionalista, antitradicional y antihistórica ha gravitado sobre la formación de los docentes primarios, sin que les haya sido posible, en la generalidad de los casos, sobreponerse a tales influencias a lo largo de su vida ya que sus condiciones profesionales no suelen ser las más aptas para que se desarrolle posteriormente en ellos el espíritu crítico hacia los mismos supuestos y mitos en que se basó su formación. Y así acontece hoy que el maestro vive aún —por lo general— sobre la intangibilidad de los ideales culturales del decimonono.

Esta mentalidad —un tanto anacrónica ya— exige que, para el progreso de la cultura, se opere en el orden social —paralelamente a la unificación política y jurídica— un proceso de homogeneización o uniformidad a imitación de la vida y maneras de las grandes capitales. Que todo lo tí-

piezo local, tradicional o costumbrista —considerado como *atrasado*— ceda ante las nuevas formas que se consideran racionales y progresivas.

Tal concepción, tomada en sus fundamentos y llevada a sus últimas consecuencias —rara vez explícitas para los formados en su ambiente cultural— considera —con Augusto Comte— que toda creencia, incluso las religiosas, y toda concepción filosófica han sido meros estadios preparadores de la nueva era definitiva y real —la era *científica*— que se ha fundamentado; y que sus obras —prácticas, símbolos, respetos, instituciones— son hoy supervivencias extemporáneas de una realidad muerta, o, más bien, telarañas tendidas por el tiempo y la tradición en la ventana luminosa de la nueva estructuración racional.

Se ha dicho muchas veces que la antigua aristocracia de la sangre o del prestigio familiar debe ser sustituida, en la época actual, por una *élite* intelectual cuyo representante en los pueblos habría de ser, naturalmente, el maestro. Personalmente, no lo creo ni posible ni debido, porque el sentimiento de respeto personal no puede ser provocado por la sola cultura, sino por las virtudes propiamente humanas o morales. Si se trata de respeto hacia un individuo, por una vida virtuosa; y si hacia una clase, por el cultivo normativo de las mismas virtudes, en especial las más propiamente sociales: espíritu elevado, valor, generosidad y beneficencia (5). Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que, empíricamente, los pueblos que se han quedado modernamente sin familias rectoras —por la emigración de éstas a las ciudades o por la división de patrimonios—, sin poder rector se han quedado o han caído éstos en manos muy distintas, ciertamente, de las del maestro. Para esto, además de las causas teóricas que he apuntado, existen, como se deduce, otra más próxima y no menos natural: esa misma formación científicista y antilocalista, la menos a pro-

(5) *El problema de las clases directoras en la sociedad contemporánea*. En «Revista Internacional de Sociología», Madrid, Núm. 18.

pósito para identificarse con el pueblo y ser alma de su personalidad viva y ambiente peculiar. Más aún: la casi desaparición en pocos años de nuestra civilización rural, ha contado generalmente —triste es confesarlo— con el aplauso y aun la colaboración del maestro, que —honrada y sinceramente, sin duda— veía en ello el auténtico progreso y redención del pueblo.

En estas condiciones, fuerza es que nos preguntemos: con la actual formación del Magisterio a ese respecto, ¿sería posible hoy la implantación en la escuela, con carácter general, de un programa de «autoconciencia popular» de tipo social o histórico? Creemos no pecar de pesimistas al sugerir una respuesta negativa.

Hoy —felizmente para una cultura propiamente humana— puede afirmarse que el siglo racionalista, uniformista, pedante, ha pasado. De nuevo vuelve a estimarse el valor de lo típico como contenido objetivo de sentido, dotado, además, de la gracia de la espontaneidad. Y no sólo con el interés científico del historiador ni con la afición al folklore de museo, sino como modelo vivo o fuente inspiradora para la creación en todo los órdenes de la cultura. Así acontece en arquitectura con los estilos históricos clásicos y en decoración, con los motivos de carácter popular; e incluso en política y administración pública parece que se quiere volver a la independencia y autonomía peculiarista anterior al centralismo uniformista.

Si nos preguntamos por la génesis de este retorno a cuanto desechara el espíritu de la Ilustración y el racionalismo, habremos de encontrarlo, a mi juicio, como una consecuencia —entre muchas— del esencialísimo cambio que en la actitud espiritual del hombre moderno se ha operado en los últimos años. Este cambio —creador de la nueva concepción del Universo, que se ha llamado «existencialismo»— se halló determinado, en primer término, por el fracaso —empírico, en cierto modo— de la concepción general del Racionalismo. Hubo un momento en que la creencia en que

el Universo es una estructura autoexplicativa, necesaria en su desenvolvimiento y racional en su estructura, penetrable exhaustivamente por la ciencia, no pudo mantenerse.

La ciencia positiva, en primer lugar, ha puesto de manifiesto, como es sabido, una misteriosa indeterminación en el ser de los fenómenos naturales, que a nada son más extraños que a la determinación necesaria, así como la finitud y concreción existencial del mundo material (teoría de la relatividad). La filosofía, por su parte, en las actuales y divulgadas corrientes vitalistas, ha demostrado la «esencial temporalidad» del ser humano y la inasequibilidad de la vida espiritual para los procedimientos y medios científicos. Los acontecimientos históricos, por fin, a más de un siglo ya de la «era progresiva y definitiva» de Comte y de aquellas estructuraciones constitucionales de las naciones que habrían de llevarlas por cauces de racionalidad, han hablado de retrocesos espirituales y de luchas inmanentes, sin esperanza inmediata de una armonía estable.

Estas tres experiencias, que, unidas, forman una experiencia total, han sido las vías de agua por donde vino a pique la concepción racionalista del Universo, que exigía, por su propia esencia, constituir una estructura omnicomprendensiva y absoluta. No vamos a entrar en lo que pueda implicar de positivo la actual actitud existencialista —que, tomada «in genere», no es, quizá, más que una situación transitoria o de reacción— ni en sus posibles desarrollos en el futuro. Vamos a destacar sólo que, con su visión de la existencia como algo irreductible al esencialismo racionalista, ha reivindicado lo que podríamos llamar «razón histórica» frente a la razón especulativa. La vida humana —para la nueva concepción— es esencialmente temporal, histórica; y ello tanto en la vida de la conciencia individual («durée réelle» bergsoniana) como en la vida supraindividual de los pueblos (tradicción histórica). De lo cual se deduce, como es obvio, la revalorización, junto a las biografías, de los productos históricos representativos de re-

giones o de épocas. Tales realidades no serán ya, desde esta concepción, arrastre de un pasado preparatorio y ya superado y sin valor, sino por el contrario, formas de vida, condensaciones simples y espontáneas de tradiciones históricas vivas y concretas.

Pero lo que ha ocurrido en el mundo de la filosofía y de las concepciones científicas no ha podido llegar todavía, como es comprensible, al pueblo. Nuestra población rural, abandonada de sus directores naturales —y de todos los que sucesivamente han podido elevarse de posición—, vive las últimas y destructoras consecuencias del espíritu racionalista y revolucionario. Y así, se da actualmente el caso paradójico de que los intelectuales son, por lo general, más amantes de lo que podemos llamar, en sentido amplio, tipismo local, que los mismos hombres de la tierra, aunque éstos continúen siendo, en su ser, que no en sus ideas, productos y creadores de un tipismo regional. El intelectual, el artista, el turista en general, buscan hoy en los pueblos cosas que causan la sorpresa de los naturales, porque, aunque las más próximas a su vida, no son conscientes de su valor y, si lo son, aprendieron a mirarlo con desprecio.

Pues bien, el cura y el maestro parece que han de ser precisamente los encargados de abrir nuevamente los ojos del pueblo a la estimación de esos valores que constituyen en realidad su propia vida e historia, y han de encontrar, por tanto, un fuerte eco en sus corazones. Y aun más especialmente el maestro por su docencia propiamente cultural. El debe ser el representante en los pueblos, no tanto de las nuevas tendencias culturales que revalorizan estos elementos, cuanto de los intereses permanentes de la cultura y de la sociedad interesados en su permanencia y vivificación.

Sin embargo —fuérza es confesarlo—, escasa o nula ha sido su influencia en este sentido. El rura —por razón las más de las veces de conservar las costumbres morales—

ha sido generalmente más conservador del tipismo y más apegado a los peculiares modos de vida que el maestro. Hábitos sociales, bailes populares, lengua propia, prácticas religiosas locales, juegos, han solido encontrar en el cura un más decidido y constante apoyo. No obstante, buena parte de los tesoros artísticos de nuestras iglesias han sido malvendidos o cambiados por objetos modernos de fábrica, de escaso o nulo valor (6). El maestro, formado de mucho tiempo a esta parte en los ideales *escienticistas* que han dominado a la enseñanza, ha sido representante en el pueblo de la Cultura en abstracto, y la cultura indígena o histórica ha solido encontrar en él, como dijimos, más que un defensor, un enemigo. En todos nuestros pueblos han ido desapareciendo uno a uno bajo la piqueta o bajo el cemento la casi totalidad de los elementos artísticos o típicos de su antigua arquitectura, arruinándose sus antiguos monumentos, y abandonándose sus costumbres, sin que esto tuviera —a los ojos de los naturales y del maestro— otra significación que «la marcha del progreso».

Conozco un pueblo pequeño cuyo único atractivo o notoriedad era una situación privilegiada muy en armonía con su construcción. En el fondo de un valle, entre dos inmensas montañas que cierran con su mole todo el horizonte, se apiñan sus casas a los dos lados del río, destacándose en cada grupo un antiguo templo: la parroquia de un lado, y una ermita de otro. En el centro, entre ambos, un viejo puente románico cubierto de yedra completaba uno de los rineones más bellos que podía admirar el turista en la región. Ni las iglesias ni el puente tenían un destacado valor monumental o artístico, pero el conjunto poseía un encanto especial y difícilmente superable. Hace unos años, el viejo puente fué derribado y sustituido

(6) En los últimos años se ha introducido en los estudios de los Seminarios la asignatura de Arte, y se han cursado varias órdenes para la conservación del patrimonio histórico y artístico de las iglesias parroquiales.

por una especie de artesa geométrica de cemento armado. Ninguna necesidad estricta había de ello, y, en último caso, nada se oponía a haber construido el nuevo puente detrás del antiguo, con lo que se hubiera salvado la principal perspectiva. Hoy nada tiene que admirar el pueblo, que sólo conoce ya la indignación de quienes lo visitaron con anterioridad. No pretendo que tales cosas sean fácilmente evitables, pero maravilla que crimen tan señalado e irreparable se hubiera podido perpetrar sin la protesta de la persona oficialmente culta —el maestro— ante las autoridades provinciales encargadas de defender el patrimonio artístico.

Casos análogos, y otros de diferente naturaleza, pero idéntico fondo, podrían relatarse indefinidamente. A nadie ha dejado de parecer una infantilización un tanto ridícula la moderna designación a los padres con los nombres de «papá» y «mamá», unidos al trato de tú. Sin embargo, en ambientes de algún refinamiento, en que la costumbre los ha impuesto sin violencia, ha llegado a sernos familiar y aun grato. Pero si tales expresiones —mamá, papá, abuelito— se ponen en boca de un rudo mocetón de campo, el ridículo sube a extremos inefables. Pues bien, en muchas zonas rurales de España podemos ahora tener el humorístico placer de oír tan adecuadas expresiones. Y algunos pueblos conozco en que, desde hace medio siglo, los maestros están empeñados en la ingrata tarea de introducir en el lenguaje de sus habitantes esos elegantes refinamientos.

Otro de sus ideales educativos es desterrar del vocabulario infantil las expresiones «tío» y «tía» para designar (antes de su nombre propio) a las personas casadas o de alguna edad. Tales calificativos —que son afectuosa extensión de trato familiar en los pueblos donde casi todos suelen ser parientes— deben ser sustituidos por los de «el señor» o «la señora» (antepuesto también al nombre), que, donde no es uso de antiguo equivalente al «tío», resulta más bien, como es notorio, pura plebeyez.

Nada de todo esto es culpa del maestro mismo —que, por el contrario, ve en tales designios una aplicación de su celo profesional—, sino de la formación del mismo. Por ello, no creo arriesgado aventurar que, para que el maestro medio pueda desarrollar el utilísimo plan propuesto por el señor García Hoz, o pueda, simplemente, cumplir un cometido que es necesario hace tantos años, es preciso imprimir un nuevo rumbo a su formación, o, cuando menos, matizarla en un sentido completamente abandonado hasta ahora. Es preciso que el maestro no se identifique con «la Cultura en general» y considere al pueblo en que ejerce su labor como una especie de misión centroafricana que hay que civilizar, sino que procede identificarse, en cierto modo, con la misma cultura tradicional del pueblo en sus aspectos más nobles, quizá olvidados y sólo por él vivificables. Todo lo cual no es posible mientras, por prejuicios arraigadísimos, permanezca ciego a los valores que más necesitan de su tutela. Que «los hombres pegados al terruño —dice Minguijón—, aunque no sepan leer, poseen una cultura que es como una condensación del buen sentido elaborada por los tiempos, cultura que es muy superior a la semicultura que destruye el instinto sin sustituirle una conciencia» (7).

No se trataría propiamente de la introducción en el plan de enseñanzas del Magisterio de una nueva asignatura, aunque quizá pudiera pensarse en la utilidad de una que podría titularse «Arte popular y Folk-lore». No conviene incurrir en el sofisma de los que creen que, por ejemplo, la educación religiosa se cumple con cursar la asignatura «Religión». Precisaríase, más bien, un espíritu general en los docentes, una nueva tabla ambiental de valores, que haría surgir espontánea e insensiblemente una mentalidad apropiada a los fines que hemos destacado.

Cabría, pues, esperar mucho de una reordenación bien

(7) MINGUIJÓN, S.: Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1941.

orientada de las Escuelas del Magisterio. Que, el maestro rural pueda cumplir espontánea y habitualmente esos fines es algo del todo necesario, en primer lugar, desde un punto de vista axiológico histórico-nacional: que el patriotismo no es una metafísica vacua construída sobre unos nombres o conceptos abstractos, sino el amor consciente y constante hacia lo que —típicamente nuestro— nos es más próximo y debe sernos más querido. Y nadie puede ver con indiferencia la muerte o destrucción de cuanto constituye el auténtico patrimonio de nuestra tradición cultural.

Es no menos necesario desde un punto de vista sociológico, puesto que un país de economía fundamentalmente agrícola no puede admitir un continuo éxodo a las ciudades sin verlo como un fenómeno de descomposición interior.

Es, por último, necesario desde un punto de vista educativo: sólo en el seno de las tradiciones culturales vivas y actuantes, nacen personalidades relevantes y obras renovadoras. Como dice Menéndez Pelayo, «donde no se conserve piadosamente el recuerdo del pasado, pobre o rico, grande o pequeño, no se espere que nazca un pensamiento original o una idea dominadora».

RAFAEL GAMBRA.

Catedrático del Instituto de Enseñanza
Media de Pamplona